

CADREITA (NAVARRA)

El despertar de los siervos

ARTEMIO J. BAIGORRI

CUANDO en el Bachillerato estudiábamos Geografía de España, nos enseñaban: "Los problemas de la agricultura española derivan del tamaño de las explotaciones, que en la parte Sur son muy grandes y se llaman latifundios, y en el Norte son muy pequeñas y se llaman minifundios, como su propio nombre indica". Y a cuestras con lo de los latifundios y los minifundios hemos ido todos, comido el coco primero por la verbosidad nacional-sindicalista y adocotrados después por Tamames y sus enésimamente reedicionadas estructuras económicas. Hasta casi convencernos de que sí, que por el Norte no existen los latifundios, y la tierra está muy repartida, y todo eso...

Hete aquí, sin embargo, que, de la noche a la mañana (de la noche franquista a la mañana predemocrática), nos encontramos con que, si estudiamos seriamente la estructura de la propiedad de la tierra, tampoco en el Norte está muy repartida, como para el caso navarro están estudiando Mario Gaviria, Tomás Urzainqui, el grupo Mendilur y otros. Por el contrario, lo que ocurre es que los grandes propietarios (que aquí sí que pertenecen en su mayor parte a la nobleza, contrariamente a lo que Naredo y su equipo han descubierto que ocurre en el Sur) hace ya generaciones que dieron el grueso de sus tierras en arrendamiento y aparcería a los agricultores de sus feudos, sustituyendo a los jornaleros por renteros y medieros y ahorrando así preocupaciones y quebraderos de cabeza. Esta situación se está poniendo últimamente de manifiesto. Los grandes propietarios de Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña han considerado seriamente la posibilidad de que la prometida nueva Ley de Arrendamientos sea realmente nueva y están intentando por todos los medios quitarse de encima a los renteros y vender la tierra, o por lo menos simular que la llevan ellos directamente. En un pueblo de Navarra se le han puesto difíciles las cosas al señor feudal de turno.

Cadreita: Del feudalismo al feudofranquismo

Antes de ver la señal indicativa de población, una gran pintada en la primera edificación del pueblo advierte que hemos llegado a Cadreita, porque la pintada dice: "Este pueblo es de una duquesa". Por el otro extremo, otra pintada nos recibe antes que el propio pueblo: "Fuera caciques. Abajo los caciques", han escrito con pintura negra en la pared posterior de uno de los almacenes de la duquesa de Alburquerque, grande de España y

propietaria de todo el término municipal de Cadreita. Al lado de la pintada, un grueso boquete abierto en el muro recuerda el lugar donde fue colocada la última bomba... Pero vayamos por partes.

Ni el más viejo del lugar, como suele decirse, recuerda cuándo los campesinos de Cadreita comenzaron a cultivar las tierras de los duques de Alburquerque. Lo que todos recuerdan es que desde siempre han venido trabajándolas. De las 35.000 robadas que la duquesa posee aproximadamente (todo el término municipal de Cadreita), unas 30.000 (1) han sido roturadas, poco a poco, por los campesinos del pueblo. No más de 5.000 han sido puestas en cultivo directamente por los peones de la duquesa, siempre en los lugares más fáciles (a orillas del Ebro).

Gracias a esas continuas roturaciones, la población de Cadreita pudo seguir manteniéndose. Sin embargo, las trabas que la casa ducal ponía a su subsistencia no eran pocas. Cuando hace medio siglo los cadreitanos comenzaron a roturar las últimas tierras vírgenes que quedaban, tierras que podían regarse (la Fresnera, la Abejera, el Romerizo, Sotillos), los duques obligaron a los que roturaban en esos lugares a dejar a cambio las que generaciones atrás habían roturado en zonas de secano. Los que hacia el final de la República se atrevieron a volver a cultivar las tierras de secano que los duques les habían quitado años antes, pagaron cara su osadía. Con el triunfo del fascismo, muchos de ellos fueron fusilados y sus familias expulsadas de las casas donde vivían. "Aquello fue una cabronada para el pueblo —cuenta con amargura uno de los viejos que lo vieron—; gracias a los fusiles del Movimiento, los duques recogieron las cosechas que habían sembrado meses antes sus renteros, que para entonces estaban ya fusilados. No vamos a ir con rencores —añade—, pero todo aquello hay que contarlo, las represalias que tomaron". Represalias que de una forma u otra afectaron a la mayoría del pueblo y que se mantuvieron varios años, materializadas al final en algo tan disparatado y forjiano como hacerles oír el rosario todos los días por los altavoces del pueblo.

Por supuesto que desde el final de la guerra los alcaldes y los funcionarios del pueblo debían ser afectos no sólo al Movimiento, sino también a los duques, que hacían y deshacían a voluntad. Cuentan que,

(1) Una hectárea = 11 robadas de la ribera navarra del Ebro. O sea, que la duquesa de Alburquerque posee en Cadreita unas 2.730 hectáreas de tierra.

cuando hace dieciocho años, los cadreitanos hicieron construir una iglesia nueva con su dinero, los administradores del duque —que administraban también el dinero de la iglesia— mandaron derribar la casa ducal, que estaba ya muy vieja y estropeada. Cuando el duque vino al pueblo y vio su casa hundida, estalló en cólera en la misma plaza. Dicen que el administrador corrió a tranquilizarle y que en voz baja le explicó algo, retirándose luego juntos. El caso es que meses después, a la vez que se inauguraba la iglesia, los duques estrenaron su nuevo palacio, adosado a la iglesia (con un balcón interior para que los nobles escuchasen Misa sin mezclar-

que se metieron el alcalde y el cura, que pronto quisieron manipular el asunto en favor de la duquesa creando una minicomisión de siete hombres, todos ellos afectos a la casa ducal —topos los llaman en el pueblo—, con poderes notariales para negociar. El resto del pueblo no aceptó el truco, por lo que hubo de formarse una nueva comisión, que de nuevo intentó manipular el alcalde y también fue rechazada. Por fin, la fracción mayoritaria eligió una nueva comisión más democrática que las anteriores, que planteó a la duquesa dos alternativas: o vendía al pueblo toda la tierra en bloque, incluida la que malcultiva directamente, o no había ningún



se con el populacho) y construido con el mismo estilo, con los mismos materiales y hay quien dice que con el mismo dinero.

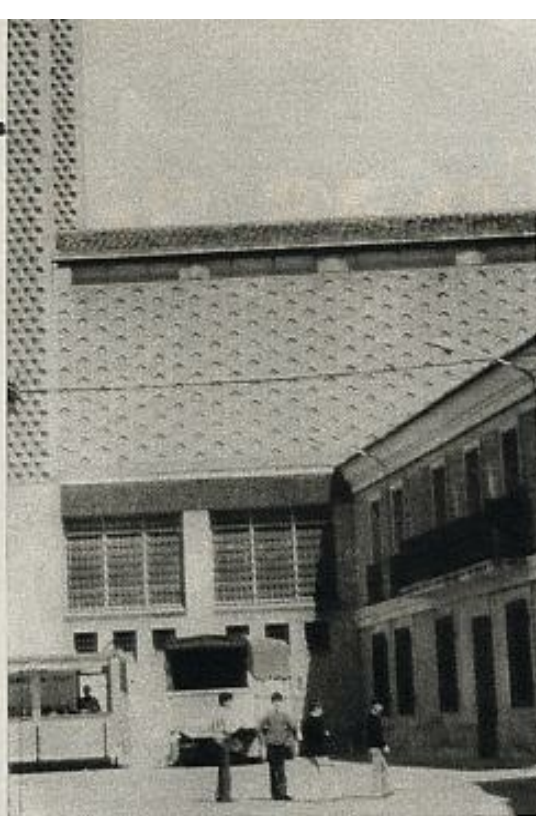
Los "topos"...

De las 30.000 robadas que los cadreitanos le cultivan a la duquesa, tan sólo unas 7.000 las llevan en renta. El resto, procedente de las más recientes roturaciones (de hace menos de un siglo) las llevan como medieros, entregándoles cada año a la casa ducal la mitad de la cosecha, una vez descontados la mitad de los gastos. Lógicamente, las tierras dadas a renta le dejan a la duquesa muy poco beneficio neto (aunque el que le dejan se lo dejan sin trabajar lo más mínimo), por lo que hace tres años, unos meses antes de que muriese su Caudillo defensor, decidió ponerlas a la venta y hacerse con dinero fresco, contante y sonante. Lo notificó a la Diputación navarra, para que ésta lo notificase a los interesados. "A lo mejor tenemos sarna —decía uno de ellos— y por eso no nos queríamos dar la cara directamente, para no contagiarse".

El pueblo en seguida se dio cuenta de la maniobra y formó una comisión de veinte vecinos, en la

trato. Pidieron entonces los duques que se les hiciese una oferta, y la comisión realizó un estudio, asesorada por los abogados cadreitanos Juan y José Mari Cambra.

En el estudio se ponía de manifiesto cómo el pueblo necesitaba comprar la tierra, y no sólo parte, porque más de 150 familias cultivan y viven con menos de una hectárea. Se demostraba también cómo todo el valor que teóricamente pudiesen tener las tierras en la actualidad se debía a la plusvalía que los cadreitanos habían acumulado durante generaciones trabajándolas. Se señalaba también la deficiente situación de las tierras, porque los duques se han venido negando sistemáticamente a acometer cualquier mejora y las que han podido ir haciendo los renteros y medieros de su bolsillo no han sido suficientes para arreglar el sistema de riegos y desagües, las nivelaciones, etc. A pesar de todo, se le ofrecía un precio medio de casi 200.000 pesetas por hectárea, muy semejante a los precios que se pagaban en pueblos cercanos (todo esto hace tres años, antes de que la burguesía se dedicase a invertir en tierra, en lugar de en la industria, con lo que han hecho dispararse los



La casa ducal, adosada a la Iglesia, a la que da un balcón interior, está cerrada a cal y canto a las peticiones de renteros y medieros. La contestación a la duquesa se ha traducido en pintadas e incluso en el estallido de una bomba, de limitados efectos, junto a una de las puertas.

sahucio. El duque, una vez más, ni se dignó contestar, aunque tampoco cumplió la amenaza de los topos.

La nueva estrategia fue rebajar el precio de la tierra y buscar —la propia casa ducal— una entidad de crédito para que ayudase a cuantos se decidiesen a comprar. Casualmente, la entidad fue la Caja de Ahorros de Navarra, dependiente de la Diputación, feudo franquista donde los haya. Los topos habían tenido una reunión en la casa ducal e inmediatamente entre los duques, la Diputación y la Caja acuerdan conceder un crédito especial con una subvención del 2 por 100 de los intereses usuales. A punto estuvieron de romper el frente común presentado por la mayoría del pueblo, pero no lo lograron, aunque algunos topos fueron a nivel individual a hacer trámites de compra, que por temor a las ratas todavía siguen en trámites.

El 27 de enero por la mañana, el pueblo celebraba una Asamblea donde eligieron ocho hombres para que hablasen con los duques, y todos salieron luego a la plaza donde está la casa ducal para respaldar a los ocho elegidos. Ni siquiera estaba el duque, y la administradora les dice que los recibe, pero de dos en dos y sin el asesor jurídico. Ante tal atropello, renteros y medieros organizan espontáneamente una manifestación hasta el Ayuntamiento, del que antes de llegar ya habían "escapado" alcalde y funcionarios.

En la recta final

Después de estos sucesos, todo queda tranquilo y a la espera por

unos días, hasta que el 25 de marzo algunos vecinos descubren en Arguedas, en la romería de la Virgen del Yugo, al alcalde, al secretario del Ayuntamiento (que a la vez lo es de la Cámara Agraria), al cura y a otros caciques locales comiendo con el duque. Esa misma noche todo el pueblo protagoniza una sonora manifestación de protesta contra los topos y acuerdan celebrar una Asamblea decisiva para el domingo 9 de abril, para lo que, como otras veces, piden permiso al gobernador. Alegando torpes y arbitrarias excusas, la asamblea popular es prohibida por la máxima autoridad regional, por lo que las posturas se radicalizan.

El viernes 7 de abril un nuevo artefacto es colocado contra la duquesa, esta vez en unos almacenes situados junto a la carretera, y en serio. Aunque la explosión no produce muchos daños, el efecto psicológico se hace notar. Días más tarde, ETA reivindica el atentado en un comunicado en el que advierte a cuantos colaboran con el duque que de seguir en su actitud serán represaliados. Y el día 10, enardecidos al encontrar semejante apoyo exterior, los vecinos se encierran en la Iglesia durante todo el día y allí celebran la Asamblea que el gobernador les había prohibido.

Los enemigos que tienen no son, sin embargo, pequeños. A sus ojos, varios enemigos están claros. Por un lado, la casa ducal, el Ayuntamiento y la Diputación, que "son todos uno". Por otra parte, la UCD y el "Diario de Navarra", a los que acusan claramente de mentirosos (el diputado de UCD por Navarra señor Pejenante escribía a mediados de marzo en el "Diario" que doscientas familias habían ido ya a comprar individualmente; en el propio diario decían el 8 de abril que eran cien, y al día siguiente, que sólo eran treinta o cuarenta; según la Comisión de Vecinos, ni siquiera son treinta los topos que se han atrevido a ir). Y un último enemigo parece que puede salirles con el IRYDA. Después de que el vicepresidente del Instituto, Daniel Vaquero, les prometió en Madrid que se les darían créditos mucho más baratos que los que les diese cualquier otra institución, Bancos o Cajas de Ahorros, el presidente, Gil Alberdi, declaraba en su visita a Pamplona el 14 de abril que "de ningún modo podría el IRYDA mejorar los créditos de las instituciones privadas". Pero si el IRYDA se lava las manos en un caso así, ¿para qué sirve el Instituto?

Pero a pesar de que desde enero varios "jeeps" de la Guardia Civil patrullan las veinticuatro horas del día por las calles y los campos de un pueblo de menos de 3.000 habitantes, a pesar de los interrogatorios y registros que los más destacados luchadores han sufrido, el pueblo sigue en pie, plantando cara al feudalismo... Y a pesar de las ofertas de la duquesa, cada vez más tentadoras, las ratas se mantienen en su puesto sin romper la unidad popular tan difícilmente lograda. Tienen la razón de su parte y esperan ganar un día. ■

... y "ratas"

precios por hectárea). El caso es que los duques ni se dignaron contestar la oferta, a pesar de que en el escrito de la comisión se decía: "Se insta a la parte vendedora a que la contestación a la oferta la efectúe por escrito, sin perjuicio de que con posterioridad a su recepción tengamos tantos contactos directos como sean precisos, dentro siempre de las normas de buena fe y cordialidad que ambas partes nos hemos impuesto". Decididamente, ni la buena fe ni la cordialidad estaban presentes en los ánimos de los duques. Las negociaciones quedaron rotas, y el asunto, dormido, que no muerto, durante un par de años.

... y "ratas"

El 1 de noviembre del año pasado apareció una extraña bomba en la puerta de la casa ducal, metida dentro de una caja de zapatos. Se trataba de una bomba de la que aún se preguntan hoy los vecinos qué daño podía haber causado, cuando para hacerla explotar tuvieron que hacer una gran hoguera con sarmientos y paja, y aun así por poco no explota. Era el comienzo de una recta final que puede conducir, si los cadreitinos encuentran apoyo en otros sectores, a una de-

mocrática reforma agraria a nivel local realizada por los propios agricultores.

En las últimas Navidades, los duques enviaron una carta a los renteros ofreciéndoles la compra de las tierras cultivadas en renta y en aparcería, quedándose la casa ducal "sólo" con las que lleva directamente (450 hectáreas), y dándoles un plazo de treinta días para aceptar o rechazar la oferta. Se les ofrecía a los cadreitinos gratis la mitad de la tierra que cada cual lleva; pero la otra mitad o tendrían que pagarla a precio de zona (que anda ya, por término medio, por encima de las 700.000 pesetas hectárea) o bien dejársela al duque para que libremente dispusiera de ella. Las ratas (según llaman los topos a los que luchan contra los duques) rápidamente se pusieron en marcha, y prepararon un escrito, secundado por 600 firmas, donde una vez más contestaban al duque que compraban la tierra, pero que o toda o nada. "Así, los que ahora no tienen nada de tierra —dicen— también podrán llegar a tener sus 40 ó 50 robos de tierra". Los topos incluso amenazaron veladamente a la Asamblea de Vecinos con que en febrero podrían llegar cartas de de-